

haya tocado interpretar. Y con él, Salvador Sánchez y Luis Cou-
turier, y Graciela Orozco, y Willebaldo López (tan buen actor
como autor), y Jorge Mateos, y todos los que intervienen en
este jurado popular a excepción de Silvia Caos, quien no supo
comprender su personaje y más que una monja fanática parecía
María Tudor. En ningún momento recordó físicamente que du-
rante quince o veinte años había sido una religiosa y jamás se
delató con esos pequeños detalles que caracterizan a estas muje-
res, como el modo de cruzar los brazos, la manera de bajar la vista,
la forma de sentarse. Por el contrario, parecía que en cualquier
momento iba a sacar la metralleta y a disparar contra el público.

Un homenaje de admiración al director Ignacio Retes, a cuya
labor se debió en gran parte que los de izquierda aplaudiesen y se
convencieran de que era una obra en contra de sus enemigos. En
manos de otro director menos hábil, el público habría terminado
por cantar el Alabado. Retes supo luchar contra el autor, velada-
mente quizá, para que los protagonistas apareciesen como seres
despreciables; pero como no pudo luchar contra el texto “sinte-
tizado” por Leñero, en ocasiones más que desprecio lo que se
siente es lástima por Toral. Y eso es grave. Sin embargo, Retes
movió esta difícil antipieza con un gran talento y con unos gran-
des conocimientos escénicos, y gracias a la dirección de los dis-
cursos, las preguntas, las respuestas, se hacen menos pesados. Un
fuerte aplauso a su labor en *El juicio* o *El triunfo glorioso de la
Iglesia Mexicana*.

21 de noviembre de 1971

GARCÍA LORCA EN GÉNERO CHICO

Sra. Doña Nati Mistral
Teatro Manolo Fábregas
Méjico en América.

Querida Natividad:

¿Crees en el espiritismo, pequeña de plata y cabellos de luna lu-
neca? ¿No? Pues deberías creer, campana de Córdoba en la ma-

drugada, porque mi espíritu estuvo presente la noche que interpretaste mi *Zapatera prodigiosa* en un teatro de Méjico, allá en América, lejana y sola. ¡Ay, Natividad de temblorosas faldas llenas de luces en las encrucijadas! ¡Natividad de luna que vino a la fragua con su polisón de nardos! Nati, Natinera, cristalera zapatera . . . no me gustó nada de lo que vi . . . Vamos, pero que ni un poquito así . . . Y es que, ¿sabes?, a estas alturas lo que yo escribí para el género fársico lo siento trasnochado, rebuscado, pesado y, sobre todo, ingenuo. Y la ingenuidad, Natividad de azafranes y cascabeles de jaca moruna, no se perdona en las postrimerías de 1971, y *La zapatera prodigiosa* la escribí para mi barraca de teatro trashumante en 1930, figúrate. ¡Cuántas lunas luneras han pasado desde entonces! ¡Cuántos limones limoneros han caído en el Guadalquivir! Todo evoluciona, cristal de risas, ojos lejanos, arañas de miradas, y me doy cuenta que pertenezco al pasado inmediato —¡ay, ay, ay, pajarita de papel!— y que debe dejármese descansar unos cien años para volver a mí. ¡Me han choteado tanto! ¡No hay adolescente que no me lea y que escriba luego versos “garcialorqueanos”! O al menos así sucedía hasta hace poco . . .

Los adolescentes de hoy no leen, sino que oyen a Machado cantado por Serrat. Ya ni eso me queda. Estoy frío, frío, como el agua del río . . . *Pater Noster* por mis versos . . .

Estoy conforme, y me resigno, a ser un comediógrafo pasado de moda (ya vendrán tiempos mejores, arroyos claros, fuentes serenas), porque así pasa siempre medio siglo después que un poeta ha muerto. Futuras generaciones de agua y plata vendrán al pentagrama de mi infinito, pero aún tendrán que pasar muchos tiempos secos y comprimidos por la garra de los años. En lo que no estoy conforme, Nati, Natinera, caminera, peregrina, es en la forma en que interpretas esta mi fierecilla domada republicana y sola. ¿Por qué te sobreactuaste de ese modo? ¿Piensas que la farsa es hacerse la graciosa? No, granada olorosa, cielo cristalizado, nunca un actor ha triunfado cuando trata desesperadamente de ser simpático. La gracia tiene que ser natural, y aun cuando la farsa pide la deformación de la realidad, también tiene un límite, que es el del sentido común. ¿A qué venían esas carreritas, ese andar de puntillas, esos dientes apretados (te faltó entre ellos

el clavel clavelero), ese hablar tan de prisa, ese movimiento continuo? Ya ves, nunca lograste arrancar una risa sonora como espuelas. Y en cambio el señor don Guillermo Orea, con un simple ademán, con un leve tono de voz, hacia explotar las espigas en los trigales de la risa. Es la diferencia entre ser actor cómico y tratar de serlo.

¡Ay, Natividad, Nati de verde luna, cutis amasado con aceituna y jazmín! Si tienes esa voz de cristal y nardos, ¿por qué te empeñas en ser graciosa? Canta, que lo haces de manera espléndida, y al escucharte dan ganas de regalarte un costurero de raso pajizo, y si quieres actuar, hazlo, pero en mi *Mariana Pineda*, en mi *Bernarda Alba*, en mi *Yerma*, en mis *Bodas de Sangre* . . . Olvida la farsa, que no es por allí el camino (perdona, Antonio, por usar la palabra “camino” que es tuya). Me han dicho que estuviste espléndida como mata de yerbabuena y tomillo en *Medea*, y en *El hombre de la Mancha* y en otras obras que hiciste en España y que no pude ver porque soy un refugiado político acá en el cielo. Y es claro, porque temperamento no te falta, lo que te falta es ese don especial que se necesita para la farsa. Mejor canta de nuevo mis “Cuatro muleros”, que te sale divinamente.

El “¡Anda, jaleol!” no me gustó mucho, porque te faltó fuerza, garra, que decimos los gitanos. Y también recítame, que el otro día vi en la televisión que tiene aquí Margarita Xirgu, cómo decías mi poema “La casada infiel”, y me agradó tanto que se me quebró el corazón de azúcar y yerbaluisa.

Dile cantando a don Guillermo Orea que su Zapatero lo hizo muy bien y que no trate de sacarle más partido. Como lo interpretó la primera noche está perfecto, y si le añade algo más se pasará de tueste en la fragua de los nardos. Y a don Miguel Maciá (tengo idea de haberlo visto preso allá por 1935, lo que quiere decir que es de los míos) que está espléndido en su alcalde con su vara de lentejuelas y cintas. Y los demás actores y actrices están bien, hasta el niño que ahora me doy cuenta es un personaje insoportable.

Lástima que el director lo haya puesto a correr por todo el escenario mientras cantaba mi “Mariposa del aire que hermosa eres dorada y verde”, y claro, se sofocaba y su hermosa voz

se le rompía. como cristales en la arena. Me reí la mar cuando vi a las vecinas (la morada, la roja, la verde y la amarilla, las tres y las cuatro solas) con moños de paquete de navidad en las cabezas.

Seguramente es un recordatorio al público sobre las fechas que se acercan. La escenografía me hizo acordar de aquella película española titulada *Bienvenido Mister Marshall*, cuando los lugareños quisieron darle a sus casas y a su pueblo un toque de *Spanish curios* para los visitantes de Norteamérica. ¡Ay, ay, ay, naranjal desfallecido!, ¿por qué será que ahora el folklore español huele a Wagon Lits Cook?

La dirección de don José Solé es buena en cuanto a su intención, puesto que quiso conservar el aire ingenuo de mi farsa recordando mis propias puestas en escena. Le agradezco el homenaje, pero debió darse cuenta que a estas alturas una dirección así da idea de función de fin de cursos en una escuela confesional.

Yo todo lo paso, que los adolescentes me plagien, que le pongan música a mis versos, que intercalen mis propias canciones en mis comedias para convertirlas en zarzuelas de género chico, pero lo que no paso, ni a las cinco en punto de la tarde, es que se me haga un objeto turístico.

Hasta mas ver en los limoneros, verde Nati, Nati, vida de nardos y azucenas, albahaca y yerbabuena. Sigue cantando, que hasta acá llegan tus notas de agua cristalina, y yo montado en mi jaca te sonreiré complacido. Pero azafrán de la luna, colmena del aire, constelación de péndulos, limonar de mis sueños, olvídate de la farsa. Te quiere.

Federico García Lorca

12 de diciembre de 1971